

evitable; pero es menester considerarla tanto en su origen como en sus consecuencias.

Dios habia al principio criado á sus ángeles, espíritus puros y separados de toda materia. Él, que nada hace que no sea bueno, hábiales creado á todos en la santidad; y ellos podian haber asegurado su felicidad abandonándose voluntariamente á su Criador. Pero todo lo que es sacado de la nada es defectuoso. Una parte de aquellos ángeles dejóse seducir por el amor propio. ¡Desgraciada la criatura que se complace en sí misma, y no en Dios! Pierde en un momento todos sus dones. ¡Extraño efecto del pecado! Aquellos ángeles de luz convirtiéronse en ángeles de tinieblas; sus luces no sirvieron mas que para dirigir sus maliciosas astucias. Una ruin y maligna envidia ocupó en ellos el lugar de la caridad; su natural grandeza cambiósse en orgullo; su felicidad en el triste consuelo de hacerse cómplices en su miseria; y sus bienaventurados ejercicios en la miserable ocupacion de tentar á los hombres. El mas perfecto de todos, que fuera tambien el mas soberbio, fue el mas maléfico, así como el mas desgraciado. El hombre, á quien Dios habia puesto en una esfera un poco inferior á los ángeles, uniéndole á un cuerpo, hizose un objeto de celos á un espíritu tan perfecto; quiso hacerle cómplice en su rebelion para en seguida envolverle en su ruina. Las

criaturas espirituales tenian, como el mismo Dios, medios sensibles para comunicarse con el hombre, que se les asemejaba en su parte principal. Los espíritus malos, de que Dios queria servirse para probar la fidelidad del género humano, no habian perdido el medio de conservar y de entretener este comercio con nuestra naturaleza, así como tampoco un cierto imperio que les fuera dado desde luego sobre la criatura corporal. El demonio usó de este poder contra nuestros primeros padres: permíttele Dios que les hable bajo la forma de una serpiente, como la mas conveniente para representar la malignidad con el suplicio de este espíritu maléfico, así como lo veremos despues. No teme causarles horror ni espanto bajo esta figura: porque habiendo sido conducidos igualmente todos los animales á los pies de Adan para que les diese á cada uno su propio nombre, y para que reconociesen la soberanía que Dios le habia dado sobre ellos, ninguno de los animales causaba horror al hombre, porque, en el estado en que se encontraba, ninguno podia causarle daño.

Oigamos ahora cómo el demonio le habló para penetrar el fondo de sus artificios. Dirigióse á Eva, como la mas débil; pero en la persona de Eva, habla á su marido: “¿Por qué Dios, les dice, os ha hecho esta prohibicion?” Si os ha hecho racionales debeis saber la ra-

zon de todo: este fruto no es un veneno; "no morireis si comeis de él." He aqui por donde empieza el espíritu de rebelion. Se razona sobre el precepto y se pone en duda su obediencia. "Sereis como los dioses, libres é independientes, felices y sabios por vosotros mismos;" "sabreis el bien y el mal;" nada os será impenetrable. Por estos motivos es por los que el espíritu se rebela contra la orden del Criador y se sobrepone á la regla. Eva, semi-seducida miró el fruto, cuya hermosura anunciaba ser de un *gusto exquisito*. Viendo que Dios habia unido en el hombre el espíritu y el cuerpo, élla creyó que en favor del hombre podria muy bien haber dado á las plantas virtudes sobrenaturales y dones intelectuales á los objetos sensibles. Despues de haber comido élla de este hermoso fruto, presentósele á su marido. Hétele aqui peligrosamente atacado. El ejemplo y la complacencia fortifican la tentacion, cede y toma parte en los sentimientos del tentador auxiliado tan eficazmente; una engañosa curiosidad, un lisonjero pensamiento de orgullo, el secreto placer de obrar por sí mismo y segun sus propias inspiraciones, sedúcele y le ciega; quiere hacer una peligrosa prueba de su libertad, y gusta con el fruto vedado la perniciosa dulzura de contentar á su espíritu; los sentidos mezclan su atractivo con este nuevo encanto; sígueles; se so-

mete á ellos, y se hace su cautivo el que era su soberano.

En el instante todo cambia de forma para él. La tierra ya no se le presenta risueña como antes, ya nada le producirá como no le sea arrancado por un trabajo penoso y asiduo; el cielo ya no tiene para él el aire sereno que tenia; los animales todos, hasta los mas odiosos y mas feroces que le servian de un recreo inocente, toman unas formas horribles; Dios, que todo lo habia hecho para su felicidad, conviértelo en un momento todo en suplicio y tormento suyo. Él se cansa á sí mismo, se fastidia, encuentra en sí propio cierta repugnancia, el que tanto se habia amado. La rebelion de sus sentidos le hace advertir en él un no se qué de vergonzoso. Ya no es aquella primera obra del Criador en donde todo era belleza; el pecado ha producido una nueva obra que es menester ocultar. El hombre no puede ya soportar su vergüenza y querria poderla ocultar á sus propios ojos. Pero Dios se le hace todavía mas insoportable. Este gran Dios, que le habia hecho á su semejanza, y que le habia dotado de sentidos como un socorro necesario á su espíritu, complaciase en mostrarse á él bajo una forma sensible: el hombre no puede sufrir su presencia; busca lo mas fragoso de los bosques para sustraerse de la presencia de aquel que antes hacia su

felicidad y sus delicias. Su conciencia le acusa antes que Dios hable: sus débiles excusas acaban de confundirle. Es menester que muera; la prerogativa de inmortalidad que se le concediera le es revocada; y una muerte mas horrible, que es la del alma, le es figurada por esta otra muerte corporal á la cual es condenado.

Mas he aquí nuestra sentencia pronunciada con la suya. Dios, que habia resuelto recompensar su obediencia en toda su posteridad, tan luego como se rebeló, le condena y le hiere, no solo en su persona, sino tambien en la de todos sus hijos, como en la mas viva y la mas querida parte de sí mismo: todos fuimos malditos en nuestro principio; nuestro nacimiento fue corrompido é infestado en su origen.

No examinemos aquí las terribles reglas de la justicia divina por las cuales el linaje humano fue maldecido en su origen; adoremos los juicios de Dios, que mira á todos los hombres como un solo hombre de quien quiere hacer descender todos los demas. Mirémonos tambien como degradados en nuestro padre rebelde, como marcados para siempre por la sentencia que le condena, como desterrados con él y escluidos del paraiso en donde debia habernos hecho nacer.

Las reglas de la justicia humana nos pueden ayudar á entrar en los abismos de la justicia divina, de que ellos son una sombra; pe-

ró no pueden descubrirnos el fondo de esta sima profunda. Creemos que la justicia, asi como la misericordia de Dios, no pueden medirse por las reglas de los hombres, y que ellas dos tienen efectos mucho mas estensos y mas íntimos.

Pero mientras que nos espantan los rigores de Dios sobre el género humano, admiremos cómo hace volver nuestros ojos hácia un objeto mas agradable, descubriéndonos nuestra redencion futura desde el dia de nuestra perdicion. Bajo la figura de la serpiente, cuyo tortuoso arrastramiento era una viva imagen de las peligrosas insinuaciones y de los falaces rodeos del espíritu maligno, Dios hace ver á Eva, nuestra madre, el caracter odioso y al mismo tiempo el justo suplicio de su enemigo vencido. La serpiente debia ser la mas aborrecida de todos los animales, así como el demonio es el mas maldecido entre todas las criaturas. Así como la serpiente está condenada á ir á rastras sin poder enderezarse, el demonio, justamente precipitado desde el cielo donde fuera criado, no se puede volver ya á levantar. La tierra, de la que se dice que la serpiente se alimenta, significa los bajos pensamientos que el demonio nos inspira; ciertamente que el demonio nada piensa que no sea bajo, pues que todos sus pensamientos no son mas que pecado.

En la enemistad eterna que reina entre la raza humana y el demonio, aprendemos que la victoria nos será dada, pues que se nos hace ver en ella una semilla bendita por la cual nuestro vencedor debia tener *la cabeza quebrantada*, es decir debia ser humillado su orgullo, y abatido su imperio por toda la tierra.

La semilla bendita era Jesucristo, hijo de una virgen, este Jesucristo, quien solo no habia pecado en Adan, porque él debia descender de Adan de una manera sobrenatural, concebido no por el hombre, sino por obra del Espíritu santo. Por este divino gérmen, ó por la muger que le produjese, segun las diversas lecciones de este pasaje, era por donde habia de ser reparada la perdicion del género humano, y por donde habia de quitarse el poder al príncipe del mundo, *quien nada encuentra suyo en Jesucristo*.

Pero antes de enviarnos al Salvador era necesario que el género humano conociese por una larga esperiencia la necesidad que tenia de este auxilio. El hombre fue, pues, abandonado á sí mismo; torciéronse sus inclinaciones, se corrompieron sus costumbres, su desenfreno llegó al último estremo y la iniquidad cubrió toda la haz de la tierra.

Entonces Dios meditó una venganza, cuyo recuerdo no quiso que se borrara jamas de la memoria de los hombres: á este efecto sir-

vióse del diluvio universal, cuya memoria dura todavía en todas las naciones, así como tambien se tiene presente la de los crímenes que atrajeron aquel castigo á la tierra.

Déjense los hombres de pensar que el mundo se rige por sí solo, y que lo que ha sido hasta aquí continuará siempre siéndolo y marchando por sí mismo. Dios que lo ha hecho todo, y por quien todo subsiste, va á sepultar á todos los animales y á todos los hombres en las aguas, es decir, va á destruir la parte mas hermosa de su obra.

No necesitaba del auxilio de nada ni de nadie para destruir lo que él habia hecho por solo su palabra; pero creyó mas digno de su Magestad hacer servir sus criaturas de instrumento á su venganza; y sirvióse de las aguas para anegar la tierra cubierta de crímenes.

No obstante hubo en ella un hombre justo, á quien Dios, antes de salvarle de las aguas, le preservó, por su gracia, del diluvio de la iniquidad. La familia de este justo fue reservada para repoblar la tierra, que iba á quedar reducida á un inmenso desierto. Sirvióse tambien Dios de este hombre justo para salvar á los animales, haciendo tambien al hombre esta gracia, para darle á entender que los habia criado para él, y que debia servirse de ellos glorificando á su Criador.

Hizo mas; como se arrepintiese de haber

ejercido sobre el género humano una justicia tan rigorosa, prometió solemnemente no volverse á servir de otro diluvio para inundar la tierra; y dignóse hacer este tratado no solo con los *hombres*, sino tambien con *todos los animales de la tierra y del aire*, para manifestar que su providencia se estiende á todos los seres vivientes. El arco-iris apareció entonces como un testimonio de su palabra: eligió Dios para formarle unos colores tan suaves y tan agradablemente diversificados, aparecidos sobre una nube henchida de un benigno rocío mas bien que de una lluvia incómoda, para que sirviese de un eterno testimonio de que las lluvias no volverian jamas á causar una inundacion universal. Desde entonces el arco-iris aparece en la celeste region como uno de los principales ornamentos del trono de Dios, en el que va impreso tambien un testimonio de su misericordia.

El mundo se renueva, y la tierra sale por segunda vez del seno de las aguas: pero en esta renovacion quedó para siempre un eterno documento de la venganza divina. Hasta el diluvio la naturaleza toda conservóse fuerte y vigorosa; la inmensa cantidad de aguas con que Dios cubrió á la tierra, y la larga mansion que hicieron en ella, alteraron en gran manera los jugos que encerraba; el aire sobrecargado de una humedad escesiva fortificó

los principios de la corrupcion; y encontrándose por esto debilitada la primera constitucion del universo, la vida humana, que se estendia hasta cerca de mil años, fuese disminuyendo poco á poco; las yerbas y los frutos no recobraron tampoco su primera fuerza y sustancia, y fué necesario dar á los hombres otro alimento que supliese la fuerza perdida en las yerbas y frutos con la carne de los animales.

Así debian ir desapareciendo y borrándose poco á poco los restos de la primera institucion; y este cambio de la naturaleza advertia al hombre que ya Dios no era el mismo para él desde que le habia irritado con tantos crímenes.

Ademas, esta larga vida de los primeros hombres, notada en los anales del pueblo de Dios, no ha sido desconocida de los otros pueblos, y sus antiguas tradiciones han conservado su memoria. Viendo los hombres que su vida era mas corta, en la mas cercana muerte llegaron á traslucir que estaban amenazados de una venganza mas pronta, y como de día en día iban encenagándose mas y mas en los crímenes, era necesario tambien, por decirlo así, que concibiesen que tambien se hacia mas familiar su suplicio.

La sola variacion de los alimentos podia hacerles conocer cuánto iba empeorándose su estado, pues que haciéndose mas débiles, se hacian al mismo tiempo mas voraces y mas sanguinarios.

Antes del diluvio los hombres tomaban sin violencia para su alimento los frutos que por sí mismos se caían de los árboles y las yerbas que también se secaban muy pronto, lo que era sin duda efecto de algún resto de la primera inocencia, y de la dulzura y suavidad de costumbres de que se hallaban dotados. Ahora, para alimentarse, necesitan derramar sangre, á pesar del horror que naturalmente inspira un acto semejante; y todos los refinamientos de que nos servimos para cubrir nuestras mesas, apenas bastan para disfrazarnos los cadáveres que nos es necesario comer para saciar nuestra necesidad.

Pero no fue esta la menor parte de nuestras desgracias: acortada ya la vida, la abrevió mas el género humano con las violencias que empezaron los hombres á ejercer entre sí. El hombre, á quien se veía en los primeros tiempos respetar la vida de los animales, se acostumbró á no respetar la de sus semejantes. En vano Dios prohibióle inmediatamente despues del diluvio que derramase la sangre humana; en vano para salvar algún vestigio de la primera dulzura de nuestra naturaleza, permitiéndole comer la carne de los animales, se reservara su sangre, los asesinatos se multiplicaron sin medida. Es verdad que antes del diluvio Cain sacrificára á su hermano por envidia; que Lamech, descendiente de Cain, co-

metió el segundo homicidio, y aun puede creerse que se cometieron otros despues de aquellos execrables ejemplos: empero las guerras todavía no se habian inventado. Fue despues del diluvio cuando aparecieron los taladores de las provincias, á quienes se ha dado el nombre de conquistadores, los cuales impelidos por solo el deseo de mandar, han esterminado á tantos inocentes. Nemrod, maldito vástago de Cam, maldecido por su padre Noé, comenzó á hacer la guerra solo por formarse un imperio. Desde aquel tiempo la ambicion se ha burlado, sin guardar respeto ninguno, de la vida de los hombres; han llegado éstos al punto de matarse entre sí sin aborrecerse; y el colmo de la gloria y la mas distinguida de todas las artes ha sido la de matarse los unos á los otros.

Cerca de cien años despues del diluvio, Dios afligió al género humano con otro azote, cual fue la division de lenguas. En la dispersion que debia hacerse de la familia de Noe por toda la tierra habitable, era todavía un vínculo de sociedad que la lengua que hablaban los primeros hombres, y que Adan habia enseñado á sus hijos, fuese comun para continuar sus comunicaciones. Pero este resto de la antigua concordia pereció en la torre de Babel: ya fuese que los hijos de Adan, siempre incrédulos, no prestasen bastante fé á la pro-

mesa de Dios que les aseguraba que no volverían á ver otro diluvio, y que ellos se preparasen por tanto un refugio contra otro semejante accidente en la solidez y en la altura de aquel soberbio edificio, ó que no hubiesen tenido por objeto mas que hacer su nombre inmortal con aquella grande obra antes de separarse, así como está notado en el Génesis, Dios no les permitió que la alzasen hasta las nubes como ellos pretendían, ni amenazar, por decirlo así, escalar el cielo elevando aquel atrevido edificio; é introdujo la confusion entre ellos haciéndoles olvidar su propia lengua. De este acontecimiento data el principio de la division de lenguas y de naciones. El nombre de Babel, que significa confusion, quedó á la torre en testimonio de este desórden, y para que sirviése de un eterno monumento al género humano de que el orgullo es el origen de la division y de las turbulencias entre los hombres.

He aqui los principios del mundo, tales como nos los representa la historia de Moises: comienzos felices desde luego, pero despues preñados de infinitos males, con relacion á Dios que lo hace todo, siempre admirables; tales en fin que nosotros aprendemos repasándolos en nuestra memoria á considerar el universo y al género humano dependiente siempre de la mano del Criador, sacado de la na-

da por su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, perdonado por su misericordia y siempre sujeto á su poder.

No es este el universo tal como le han concebido los filósofos; formado segun algunos por el concurso fortuito de los átomos, ó el que, segun los mas sabios, ha prestado su materia á su autor; el que por consiguiente no depende de él ni en la esencia de su ser, ni en su primer estado, y que le obliga á guardar ciertas leyes que él mismo no puede violar.

Moises, y nuestros antiguos padres, de que el mismo Moises recogió las tradiciones, nos dan otras ideas diferentes. El Dios que él nos ha hecho conocer tiene otro poder muy diverso: puede hacer y deshacer segun le place; da leyes á la naturaleza, y las cambia y trastorna cuando quiere.

Si para hacerse conocer en los tiempos en que la mayor parte de los hombres le habian olvidado, obró portentosos milagros, y forzó á la naturaleza á que saliese de sus mas constantes leyes, quiso mostrarle en esto que él era su soberano absoluto, y que su voluntad es el solo vínculo que entretiene y conserva el orden del mundo.

Es precisamente esto lo que los hombres habian olvidado; la estabilidad de un orden

tan bello no servia mas que para persuadirles de que habia siempre existido este mismo orden, y que habia existido por sí mismo; por donde ellos se inclinaban á adorar ó al mundo en general, ó á los astros, los elementos, y en fin, á todos aquellos grandes cuerpos que le componen. Dios ha manifestado, pues, al género humano una bondad digna de él, trastornando en ocasiones brillantes este órden, que no tan solo no les chocaba, porque estaban acostumbrados á el, sino que les inclinaba, pues tal era su ceguedad, á imaginarse que fuera de Dios puede existir eternidad é independencia.

La historia del pueblo de Dios, justificada por sus propios sucesos y por la religion tanto de los que la han escrito, como de los que la han conservado con tanto cuidado, ha guardado como en un fiel registro la memoria de estos milagros, y nos da por ella la verdadera idea del supremo imperio de Dios, señor omnipotente de sus criaturas, ya sea para tenerlas sujetas á las leyes generales que él ha establecido, ó ya para darles otras nuevas cuando juzgue necesario despertar por algun golpe sorprendente al género humano aletargado.

He aquí el Dios que Moises nos ha presentado en sus escritos como el único á quien era necesario servir; he aquí el Dios á quien han adorado los patriarcas antes de Moises;

en una palabra, he aquí el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, á quien nuestro padre Abraham quiso inmolar su único hijo, de quien Melquisedech, figura de Jesucristo, era el pontífice; á quien nuestro padre Noé hizo sacrificio al salir del arca; á quien el justo Abel reconoció ofreciéndole lo que poseia de mas precioso; á quien Seth, dado á Adan en lugar de Abel, hizo reconocer á sus hijos, llamados tambien los hijos de Dios; á quien el mismo Adan, mostrara á sus descendientes como aquel de cuyas manos habia sido formado, y quien solo podia poner fin á los males de su desventurada posteridad.

¡Qué filosofía tan hermosa es aquella que nos da ideas tan puras del autor de nuestro ser! ¡Qué bella tradicion la que nos conserva la memoria de la magnificencia de sus obras! El pueblo de Dios es, pues, santo, porque por una serie no interrumpida desde el origen del mundo hasta nuestros dias ha conservado siempre una tradicion y una filosofía igualmente santas.